81-3-A = N 16.

Nº 576

Ca. 2565

UNIVERSIDAD CENTRAL
BIBLIOTECA
MEDICINA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5315402248

1881

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5315402248
618662407
i25824570

BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE MEDICINA MADRID

Ilustrísimo Señor

Cuando la fama de un hombre arrebata en el tiempo en que viviera la atención de la muchedumbre; cuando sus contemporáneos le siguen paso á paso en sus descubrimientos admitiéndolos como ciertos: cuando una vez pasado su primer efecto, su fama no se amortigua, sinó que por el contrario fomentándose gradualmente, atraviesa los siglos sin amenguar en nada sus destellos: cuando la historia en sus indelebles páginas, lleva inscrito un lema que halla favorable acojida en todas partes: cuando en fin una y otra y todas las generaciones que ~~sig~~ siguen á un hombre ilustre le acatan y respetan, bien podemos asegurar sin temor á equivocarnos que algo en ellos hubo que les

que les hicieran dignos de esta memoria que la posteridad les conserva. Así vemos en todas las ciencias una cadena no interrumpida de celebridades, que en ellas se han distinguido. Así en la historia de las ciencias médicas vemos como desde los mas remotos tiempos hasta nuestros dias se vienen sucediendo estos astros luminosos, contribuyendo cada uno de los muchos que sería prolijo enumerar, á su adelantamiento. Ve aquí justificada la razon de porque, los hombres que en nuestra ciencia se dedican á su cultivo, rinden merecido homenage á los con su asiduo trabajo unido á su gran talento, han arrancado á la ciencia alguna verdad, que traducida en hecho práctico venga á servir de consuelo á la humanidad, aunque no sea mas que paliando algun tanto las muchas dolencias

que de continuo le aquejan. Y si esto no es mas que un pálido reflejo de la consideracion á que se han hecho acreedores los distintos personages que han llegado á realizar algun ideal médico, ¿con cuanto mas derecho no se hace digno de esta consideracion y respeto, y de que las generaciones todas le aclamen y tengan por fundador de la ciencia, al primero que lo realizó? Si en medicina hubo uno que encontró el criterio á que han de sujetarse los descubrimientos para hallar en ellos la verdad; si le abrió el camino para que en edades posteriores pudieran tantos adelantarse; si dió á la medicina el caracter de ciencia, hallando los principios que constituyen un buen sistema, que venga á ser como su representacion, claro está que ninguno con mejor derecho se hace merecedor

de que se le apellide con el dictado de padre de la ciencia. El sistema que Hipócrates dejó fundado, á pesar de los 23 siglos que van trascurridos, y de las continuas impugnaciones de que ha sido objeto, se presenta en la actualidad y seguirá en épocas sucesivas, siendo la base del edificio médico por el fondo de verdad que encierra. Será, valiéndome de una comparacion, como el manantial cuyas puras aguas al recorrer tan larga carrera se encuentran con algun terreno pantanoso que las detiene, pero ellas venciendo salida, se filtran por la misma masa que las engloba, para volver á aparecer á la superficie, mas puras y cristalinas si cabe que en el sitio donde tomaron origen. La doctrina pues del ilustre Asclepiade, que en tiempos tan remotos á los nuestros se

escribió, es la que me propongo tratar: sirviendome para ello de las obras que en la coleccion figuran como suyas, entresacando textos que pongan en claro los principios que constituyen su sistema.

Nada nuevo es por oir el muy ilustre tribunal, en cuestion que tan debatida ha sido en todos tiempos, de quien aspirando al honroso título de doctor, sienta por tema de su discurso á

Hipócrates considerado como fundador de los principios que constituyen la ciencia médica y crítica de su sistema.

Vulgar y empírica la medicina en las primeras edades, se retiró, despues de un tiempo que se halla envuelto en la mayor oscuridad, á los templos, donde los sacerdotes la practicaban en los numerosos enfermos

que á ellos atraia el espíritu religioso. Por otra parte, los filósofos en su interminable tarea de profundizar la esencia de las cosas, abrazaron tambien al hombre en la universalidad de su objeto, emitiendo sobre su naturaleza opiniones muy variadas. Los gimnasios por último instituidos para el desarrollo de las fuerzas físicas, debieron tambien prestar algunos datos, de que se aprovechó la observacion relativos al régimen y lesiones quirúrgicas. De estos tres centros fué de donde principalmente tomó Hipócrates los distintos hechos que coordinó y colocó en categoría científica elevándola á un grado de perfeccion relativa. De modo que si bien es cierto que el no la fundó, porque antes ya existia, le dió el caracter de verdadera ciencia, consiguiendo librarla de los escollos que se oponian á su paso.

En el libro de la Medicina antigua dice impugnando á los filósofos: „que los que han tomado como base de sus razonamientos las hipótesis del calor ó del frio, de la sequedad ó de la humedad ó de cualquier otro principio que les habia parecido atribuyendo la enfermedad y la muerte á una sola causa, se han engañado; añadiendo que la medicina hace mucho que existe y que ha encontrado un principio y un método á beneficio del cual se han hecho muchos y grandes descubrimientos en el trascurso de los siglos, y se harán mas todavía si los hombres capaces é instruidos en ellos, los toman por punto de partida en sus nuevas investigaciones. El texto que antecede demuestra como venciendo el ilustre asclepiada las dificultades que en aquellos lejanos tiempos le oponian las encontradas y diversas escuelas

filosofias, consiguió apartarla del dominio de los inventores de falsos sistemas que la precipitaban en un abismo de errores. Pero lejos de separarla por completo de la filosofia, comprendiendo que como madre de todas, no puede vivir sin ella, la tomó el método, empleando el inductivo y estableciendo de esta manera la observacion como base que sirviera á la razon para conseguir el verdadero conocimiento de su objeto, ó sea la exacta observacion fecundada por un recto raciocinio. Este es el método que Hipócrates estableció en Medicina y que seguirá dominando en ella como propio de las ciencias experimentales. En el libro del régimen de las enfermedades agudas se expresa refiriéndose á los médicos de la escuela de Cnido, „que habian

escrito bien y con exactitud lo que padecen los enfermos en cada affeccion, lo que haria tambien el menos versado en los principios de la medicina, pero que nada habian dicho de las cosas que el médico debe saber, sin que el enfermo se las refiera; añadiendo despues en sus opiniones que siempre debe de usarse de la reflexion en medicina. De esta manera condenó entonces y para en adelante al empirismo que aprisionaba la ciencia en un terreno infecundo, condenándola á perpetua esterilidad y confusion. En cuanto al misticismo que referia las enfermedades á causas sobrenaturales, no pudo condenarlo de una manera mas terminante, que al decir en el libro de Aires, Aguas y Lugares, „Yo creo que esta enfermedad como las demás no es mas divina que otra, cada una tiene una causa natural

y sin ellas ninguna se produce. De esta manera quiso hacer que desaparecieran las misteriosas ceremonias que en los templos se empleaban para la curacion de las enfermedades. Ahora bien, como para constituir una ciencia se necesita un fundamento, un principio que abarque el hecho culminante del objeto á que se refiere, que lo abrace en su mas lata generalidad, y del que, derivándose algo conexionados otros principios, ofreciendo de esta manera el programa del saber que representan, la union en que se sostengan las doctrinas, se hace necesario ver si los encontramos en las obras Hipocráticas. En efecto, si bien no los vemos formulados con los nombres que despues se han conocido de fisiológico, etiológico &a, los significa bien claros en varios textos de sus obras. En el libro antes cita-

do de Aires, Aguas y Lugares, habla del influjo que ejercen la atmósfera, las condiciones topográficas y las aguas, en la constitucion orgánica, llegando á ofrecerle como resultado el sello que se imprime en el modo de ser funcional, moral y hasta en el desarrollo intelectual de sus moradores. En el de la Medicina antigua expone el cuidado que el médico debe poner en investigar las relaciones que el hombre tiene con los alimentos y las bebidas, con todo su género de vida y la influencia que ejercen las cosas entre si; añadiendo, que debe conocer las afecciones que proceden de las potencias y de las figuras, ó sea de las cualidades y fuerzas de los humores y de las diversas conformaciones de los órganos. Claramente se deduce de estos textos, que Hipócrates creyó que la vida estriba en la accion que ejercen los agentes que rodean al hombre

sobre la economia dispuesta á recibir dicha accion de una manera adecuada, como igualmente hallarse esta compuesta de líquidos y sólidos que si bien no contó con estos tanto como nosotros, no los dejó de conocer en cuanto podia, en un tiempo en que hubiera sido un hecho criminal la abertura de un cadaver, sirviéndose solo de la anatomia comparada á que Alcmeon, de la escuela de Crotona se dedicaba. Esto hace que en toda su doctrina se revele un carácter humoral reconociendo los humores principales de sangre, bilis y pituita. Tanto en los sólidos como en los líquidos admitió las propiedades, entonces comunes á la materia de calidez, sequedad, frialdad y humedad referentes á los elementos simples y otras compuestas de estas simples de dulce, amargo, ácido y salado, fi-

jando ademas otras especiales del ser que vive, como la sensibilidad y el cálido innato. Pero al ilustre anciano de Cos no se le ocultó que la economia animada, compuesta de elementos comunes y propios, dotada de propiedades generales y especiales, ofrecia al espíritu, armonia y solidaridad en el conjunto de sus actos, subordinacion á un principio único, inmaterial, elevándose de esta manera á la unidad en que manifestaban su enlace y designando á esta fuerza superior con el nombre de natura ó enormon. De suerte que Hipócrates creyó que era condicion esencial del estado de salud, la armonia, equilibrio ó buena proporcion de los elementos constitutivos del cuerpo y de sus propiedades.

Pasando ahora á examinar lo que de este principio dejó dicho, la observacion nos de-

nuestra diariamente, la necesaria conveniencia de los agentes naturales ó cósmicos al ejercicio de la vida, de tal manera, que sin el aire, el agua y los alimentos procedentes del suelo donde el hombre habita, la actividad del organismo quedaría anulada. Fuera de toda duda está que nuestro organismo se halla compuesto de sólidos y líquidos y que en ellos existen las dos clases de propiedades de físicas ó comunes á la materia unas, y especiales del ser vivo otras; y si con respecto á las primeras de humedad, calidad &c., no está conforme con el tecnicismo de hoy, no por eso deja de estarlo con la verdad: pues la gravedad, elasticidad, capilaridad, cohesion y afinidad no vienen á ser otras que las que el ilustre Aristóteles señalaba como unidas á la materia. En cuanto á la sensibilidad que era una de las especia-

les del ser viviente, la dejó bien manifestada en su libro de la medicina antigua cuando dice, que la medicina no tiene solo „una faz y exige mucho cuidado y que al pro„ponerse una medida, no se hallará en un peso „ó un número, sino que reside únicamente en „la sensacion del cuerpo. En casi todas sus obras nos habla del hábito, que no viene á ser mas, que una modificacion de aquellas, que puesta en relacion continua con algun agente que la excite ó impresione, tiende á repetir estas impresiones percibidas. Si tratamos de ver su importancia y nos fijamos por ejemplo en la gran funcion de la digestion, observamos como no consiste solo en verificar la aprehension de los alimentos, introducirlos en la boca para que se verifique la masticacion é insalivacion, formando de esta manera el bolo alimenticio que resbalando por el

plano inclinado que le forma la lengua, pasa
á las fauces y al esófago verificándose la deglu-
cion; que llegado al estómago y mediante los
movimientos peristálticos y antiperistálticos
á los que ayudando el calor y los jugos gástri
cos da lugar á la quimificacion; que venci
da la resistencia que le opone la estructura piló-
rica, pasa la parte quimosa al duodeno, don
de se separa en dos partes, una escrementicia
é inutil que viene á eliminarse por el ano
despues de haber recorrido los demas intesti-
gruesos y delgados, y otra que absorbiéndose pa
sa al circulo venoso y de este al arterial, re-
gando todos los órganos, nutriéndolos y asimi-
lándose á su propia sustancia. Esta funcion
no se esplica solo por los fenómenos físicos y quí
micos que en ella tienen lugar, sino que consis-
ten actos vitales dependientes de esa propiedad

que llamamos sensibilidad, cuyo origen y cuya
esencia no podemos aun conocer, porque desco-
nocemos la esencia de la vida, sin que tampoco pue
da el sistema nervioso darnos cuenta de ella, pues-
to que si bien es órgano suyo, no es su productor.
El cálido innato que fué otra propiedad vital
que Hipócrates admitió y que segun en su libro
de los Aforismos, es mas activo en las primeras eda-
des ó cuando el cuerpo se está desarrollando, que en
la vejez, se vé bien claro que tomó el efecto por
la causa, puesto que no pudo esplicar la produc-
cion de este calor por acciones fisiológicas que despues de-
mostradas, pero le fijó como un hecho positi-
vo y como una propiedad distinta de las que la
materia tiene. Este cálido innato, no es otro que
el calor natural que el óvulo recibe con la vida, al
ser fecundado, y que continuando en los diferentes
estados de la preñez y del parto, recorre las distintas eda-

des, para venir á extinguir con la muerte.
Si examinamos ahora el valor del principio vital, fuerza vital, natura ó enormon de Hipócrates, la razon no puede menos de admitirle, toda vez que en la diversa multitud de actos que representan la vida, se demuestra enlace, armonia solidaridad, lo que supone un orden necesario.
El reconocimiento pues de la fuerza vital, se hace por medio de una legítima induccion, que llegamos á ella por la serie de hechos comprobados anteriormente; de los fenómenos funcionales producidos en la economia á impulsos de la accion de los agentes fisiológicos, del enlace que entre ellos existe y del fin comun á que vienen convergiendo. Si no se comprende efecto sin causa que lo produzca, si no existe movimiento sin principio activo que impulse al instrumento que lo realiza, si no hay pluralidad

dad de acciones, sin algo inmaterial que explique la armonia establecida, la razon tiene que aceptar dicho principio, causa ó fuerza, refiriendose á las ideas de unidad y causalidad infinitas, determinándose en el hombre como ser vivo, con los caracteres que le son propios. Esta demuestra su eficacia creadora ó formativa en el desarrollo del embrion hasta el término de la preñez; seguida despues, en el crecimiento del ser nacido; la conservadora, en el misterioso ejercicio de los actos asimilativos; la armonizadora, en el enlace de todas las funciones orgánicas; la regeneradora, en la reposicion del organismo en las convalecencias de las enfermedades y en las pérdidas que accidentalmente sufre por causas fortuitas; y la curativa en la terminacion feliz, que todos los dias vemos de algunas enfermedades sin necesidad de tratamiento alguno.

Los nuevos descubrimientos que cada dia se recojen para la ciencia, el gran predominio de la física y especialmente de la química ha hecho que en la esplicacion de las diversas funciones del organismo, ha-hecho se llegue á la exageracion de querer esplicar los fenómenos sin intervencion de la fuerza vital, llegando el extremo de asemejar los órganos á los instrumentos mecanicos ó utensilios que el químico emplea en sus laboratorios. De esta manera la digestion no es mas que la conversion que la pepsina hace de las sustancias albuminoides en albuminosas: la digestion intestinal, la emulsion de las sustancias grasas por los liquidos alcalinos que vienen al intestino y especialmente por la pancreatina: la respiracion no viene á ser mas que una combustion: el oxígeno quema el carbono de las sustancias

oleosas y azucaradas: la absorcion y la exhalacion fenómenos de endósmosis y exósmosis: la inervacion, manifestaciones eléctricas.

Pero sin dejar de reconocer los grandes servicios que la química presta á la medicina y las trascendentales aplicaciones que de ella se hacen á la fisiologia y patologia, aunque se reunan todas las condiciones físicas y químicas á dicho objeto, las funciones no se desempeñarán con el debido cumplimiento.

Si en un receptáculo cualquiera, aunque se procure darle la forma que el estomago tiene, se hecha un trozo de carne y se somete á la accion de la pepsina y de los demás componentes del jugo gástrico, podrá llegarse á disolver, pero el producto de esta disolucion no será el verdadero quimo. Si extraida sangre de una vena se coloca en un recipiente

te, y se someta á la influencia del oxígeno, se oxidará la sangre, pero ni tendrá vida, ni será apta para animar los órganos y por lo tanto para reparar sus pérdidas. Y si el progreso de estas ciencias ha llegado á descubrir los elementos y proporciones en que estos entran en la composicion de los sólidos del organismo, y estudia los líquidos con su análisis cualitativa y cuantitativa, viendo la relacion en que se hallan unos con otros, nunca ha llegado á la síntesis orgánica, es decir, nunca ha podido formar una fibra, un tubo, una célula ó un pequeño glóbulo. Claramente nos demuestra esto, á no ser refractarios á la luz de los hechos, que algo hay en los seres orgánicos que no es accesible ni puede explicarse por solo las propiedades físicas de la materia. En todo ser viviente vemos constantemente las siguientes

leyes: nace, sigue su carrera, asimilando las sustancias que constituyen su alimento, eliminando las que le son inútiles; se reproduce formando seres semejantes á él, que sirven para perpetuar la especie, y muere. El movimiento de la materia orgánica, supone una fuerza que le dé impulso, y esta no puede ser la misma que la que mueve á los seres inorgánicos, puesto que sus efectos son diversos, y las leyes á que están sometidos, no son las mismas.

El hombre no vive solo por el influjo de las leyes físico-químicas, sino rebelándose contra ellas, oponiéndoles resistencia cuando sea necesaria, y esta resistencia no es otra que la fuerza vital. Si la materia estuviera dotada de actividad ó sea de la facultad de obrar y por lo tanto de espontaneidad de accion, tendríamos, no solo que negar la fuerza vital

como causa que anima los seres organizados, sinó que negaríamos el alma como responsable de acciones morales y negaríamos á Dios como causa inteligente y activa del Universo. Pero la negacion de estas causas, está fuera de nuestra inteligencia; donde quiera que vemos orden, la razon admite una causa ordenadora; donde hay movimiento, admite un motor que lo impulsa, como donde quiera que se ven leyes, se admite un legislador. Es pues necesario creer en la existencia de una causa que ordena, regulariza y dirige el ejercicio de las funciones.

Si examinamos nuestra organizacion, vemos que todo está dispuesto para la unidad de un principio, las células, constituyendo las fibras, estas, formando los tejidos, los tejidos órganos estos, aparatos &; y cómo los diversos órganos que componen un aparato concurren á una misma

funcion. Vemos cómo el organismo provoca el estornudo, para despedir la materia que haya causado una impresion desagradable; cómo provoca el vómito para arrojár las materias indigestas ó tóxicas; cómo excita la tos, para impedir que gases impuros penetren en las vias aéreas, ó para arrojar al exterior alguna partícula sólida que hubiere ya penetrado.

Todos estos hechos hacen que se admita sin ninguna dificultad, la fuerza vital ó enormónica del médico de Coos. Al indagar ahora en que consiste esa fuerza vital, cual sea su naturaleza, tendríamos que decir que la ciencia tiene su esfera de accion y estudia un orden determinado de hechos, que la inteligencia humana es limitada, no pudiendo penetrar en la esencia de las cosas, sobre las que la Providencia ha echado un velo que el hombre no conseguirá des-

gár. Termino lo referente al principio fisio-
„lógico de Hipócrates con la copia de un párra-
„fo en que termina Galeno su libro: Sobre la utili-
„dad de las diversas partes„ Cuando se reflexiona, di-
„ce, con espíritu filosófico sobre el cuerpo del hom-
„bre y de los demás animales, no puede menos de
„descubrirse en el conjunto de todas sus pormeno-
„res la intervencion siempre presente, de una
„inteligencia suprema que todo lo ha provisto
„y calculado. Nuestro cuerpo es una máqui-
„na maravillosa que, para el filósofo, á quien
„no ciegue el espíritu de sistema, ofrece la demos-
„tracion mas positiva y segura de una providen-
„cia que ha creado y ordenado todas las cosas.

Una vez que vemos en el principio que antece-
de, consistir la salud en la crasis ó buena pro-
porcion de los elementos y propiedades del cuer-
po, todo lo que sea capaz de alterar dicha crasis

ó equilibrio nos pone en camino de estudio del
principio etiológico. En el libro de Aires,
Aguas y Lugares, manifiesta de una ma-
nera clara, la influencia de los climas y las
localidades, sobre la salud, y la produccion de
las enfermedades por esta causa, encargando
á los médicos, que cuando lleguen á una localidad
que les sea desconocida, observen su situacion
„y las relaciones en que esté con los vientos
„y la salida del sol; que adquieran nociones exac-
„tas sobre la naturaleza de las aguas que usan
„sus habitantes; que estudie los diversos esta-
„dos del terreno, y reconozca el género de vida de
„los habitantes, porque instruido de esta ma-
„nera, no ignorará las enfermedades locales, ni la
„índole de las generales: de modo, que no se le
„ofrecerán dudas en la curacion que hade em-
„plear, ni cometerá los errores en que incurrirá el

que no se hubiese hecho largo de antemano de estos datos esenciales. En el de la Medicina antigua nos dice como los alimentos pueden convertirse en causa de enfermedad, cuando no se hallan en feliz combinacion, siendo necesario averiguar, porqué razon y á que humor del cuerpo son contrarios. En el del Regimen de las enfermedades Agudas, marca los malos efectos que ocasionan las repentinas variaciones en el régimen habitualmente seguido. Y por último, en la seccion 3ª de los Aforismos, establece los insalubres que son los tiempos variables, produciendo enfermedades los cambios de calor á frio y otros análogos. Al investigar hasta que punto pueda ser cierto el principio que nos ocupa, es evidente que partiendo del equilibrio que existe en el estado de salud, todo lo que sea capaz de alterar esta armonia, entra desde luego

en la etiologia, ó sea de causas capaces de producir la enfermedad. Es igualmente cierto que la mayor parte de causas morbificas, proceden del mundo esterior, como admosfera, suelo y sus producciones, aguas &ª capaces de perturbar la accion nerviosa, modificar la composicion ó vitalidad de la sangre, dando lugar á anormalidades en la inervacion circulacion ó plasticidad de la sangre, sitios donde principalmente se producen los estados morbosos. En esta nocion se encuentra un vacio que en épocas posteriores se ha ido llenando, aunque no cumplidamente, al no comprender en los agentes que proceden del mundo esterior, los que no pertenecen al orden de los fisiológicos, como los virus, miasmas, venenos; si bien es cierto que nos habla de las cualidades ocultas y malignos que algunas veces vician el aire. Tampoco consignó en sus libros las causas internas, dejando por indicar los im-

pulsos desarmonizadores que existen en la econo-
mía, como los afectos de ánimo, la herencia, los
trastornos orgánicos sufridos en la época de tran-
sición de unas á otras edades. Hipócrates dejó a-
bierto en cambio el estudio de las constituciones
médicas, de la topografía y geografía médicas
que tanto impulso y desarrollo se le ha dado en
edades posteriores á la en que él vivió. En este prin-
cipio vemos ya claramente distinguidas por el
ilustre Asclepiade, las causas remotas, ó sea a-
quellas que obran sobre la economía promovien-
do la destemplanza en la crasis ó equilibrio de las
cualidades, y las próximas, que no vienen á ser otra
cosa que los cambios que sobrevienen en la econo-
mía por virtud de aquellas, y que mientras sub-
sisten, mantienen la perturbación morbosa.
El estudio de las causas nos lleva al conocimien-
to del principio patogénico que en las obras

hipocráticas se encuentra desenvuelto de la si-
guiente manera. En el libro citado de la Me-
dicina Antigua dice: Se encuentran realmente en
„el hombre lo amargo lo salado y otras mil cosas
„cuyas propiedades varían en cantidad y vigor. Mez-
„cladas todas ellas y equilibradas unas con otras, no
„se hacen manifiestas, ni ocasionan padecimien-
„tos; pero si cualquiera de ellas se aisla y se separa
„de las demás, entonces se hace sensible y produce
„dolor. En otro párrafo dice, que la fiebre no es
„producida solamente por lo cálido, sino, por
„lo cálido ácido, lo cálido salado y por lo frío con
„otras cualidades diversas. Estas son las verdaderas
„causas del mal, y si lo cálido sobresale, no es por
„que tenga virtud alguna especial, sino porque
„dirige, activa y aumenta la cualidad que se
„le une. En el mismo libro dice que es preciso
considerar como causa de ~~toda~~ enfermedad, todo

lo que mientras existe, sostiene este modo de ser, desapareciendo cuando se trasforma en otra mezcla; añadiendo, que todas las enfermedades á que el hombre está sujeto, provienen del influjo de las cualidades. Es pues muy claro que Hipócrates consideró el estado morboso, como un modo de ser accidental, ó sea un cambio en la economía del estado normal ó fisiológico en otro anormal ó patológico, sobrevenido á consecuencia de los agentes naturales que obran de tal manera sobre el organismo, que hacen que sobresalga una de las propiedades del cuerpo sobre las otras, viniendo este desequilibrio á producir la enfermedad, la cual dura, mientras aquella no cese ó se trasforme. Combatió á los sistemas que queriendo reducir la pluralidad de los estados morbosos á una sola causa, los hacían de idéntica naturaleza. A diferencia de la escuela de Cnido á la que

impugnó, porque al atender solo á los síntomas de las enfermedades, multiplicaba sobremanera las especies patológicas, el ilustre Asclepiade los consideró como señales por las cuales se daba á conocer la enfermedad ya constituida, estudiándola en su unidad, que se manifestaba al exterior por síntomas que el observador apreciaba.

La consideraba, no, como un estado anormal desordenado y tumultuoso, sino que vió una sucesión armónica en su desenvolvimiento, en que para restituir la cualidad perturbada, al equilibrio fisiológico, intervenía la fuerza vital. De esto se desprende su teoría sobre la cocción, en que después de varios ejemplos, sobre el coriza, fluxiones de ojos &., lo resume diciendo, que haber sufrido la
„cocción, equivale en los humores, á haber
„sido atemperados los unos á los otros y co-

cidos. Cuando los humores salados, acuosos y
„acres, dice, se espesan por la coccion y pier-
„den su acrimonia, es la época de la resolucion
„de las fiebres y de todo lo que al enfermo
le atormenta". Llamó crisis, á los esfuer-
zos que la naturaleza hace, con el auxilio
del cálido innato, para modificar la á-
crimonia del humor que alteraba la
crasis y ponerle en aptitud de ser expeli-
do por los emuntorios comunes, verificán-
dose generalmente en periodos cuaternarios ó
setenarios, y dando el nombre de críticos, á los dias
terminales. No por eso creyó que todos los padeci-
mientos hubieran de terminar de esta manera,
sinó que vió otros en que la crisis no se completa-
ba y la enfermedad terminaba con la muerte,
ó ya que la materia morbífica, no encontrando
salida adecuada, se fijaba en cualquiera parte

del cuerpo, constituyendo los depósitos ó apóstasis,
que unas veces servian de crisis favorable á la do-
lencia, aunque dislocada, y otras sucedia lo contrario.
Tampoco se le ocultó al anciano de Coós, que no en to-
das las enfermedades, se verificaba la predicada fun-
cion fisiológico-patológica, cuando dice en su libro de
la Medicina antigua: „En los que se ha producido
„el mal por la sola cualidad fria, sin el concurso de
ninguna otra, consiguen librarse de su padecimien-
„to por el tránsito del frio al calor, y el regreso del
calor al frio". El conocimiento de las leyes, á que las
enfermedades obedecen en su evolucion, obrando siem-
pre la fuerza de la vida, ó sea el principio patogé-
nésico, lo tenemos en Hipócrates cuando abraza la
enfermedad en toda su extension, con el nombre de
prognosis, que mas tarde se ha dividido en diag-
nóstico y pronóstico. En su libro de los pronós-
ticos, nos advierte lo necesario que es al médico

saber pronosticar, para granjearse la confianza; y dirigir tanto mejor la curacion de los males, cuanto que con el auxilio de lo presente sabrá leer en lo porvenir. En este primer libro se ocupa de los signos comunes á todas las enfermedades, presentándose en el rostro del enfermo, en los hipocondrios, &a. Dejando de esta manera advertido lo necesario que es ver las señales del estado general, para poder apreciar el riesgo que corre el enfermo; distinguió no obstante, los signos dependientes de un vicio tópico, de los debidos, al estado morboso general, cuando dice: „no os dejeis engañar por el aspecto „de la orina, cuando la vejiga padece alguna en„fermedad, porque entonces sus cambios no deben „atribuirse á todo el cuerpo, sino á la vejiga solamente. La base que á Hipócrates sirviera para hacer una clasificacion nosológica no se ve expuesta con claridad en ninguno de sus libros; sin embar-

go, tenemos en lo anteriormente expuesto, la diferencia que encontraba entre las críticas ó de coccion y las acríticas: dejó distinguidas con los nombres que hoy se conocen algunas, otras, como la epilepsia, el tétanos, el cancer; describió bastante bien las fiebres de los paises cálidos, comprendiendo principalmente su piretologia en el causus, phrenitis y letargus. La primera representa la fiebre ardiente, con sed intensa de bebidas frias, color negruzco de la lengua, hemorragias nasales &a; la phrenitis y el letargus eran fiebres de carácter pernicioso, con delirio la primera y coma la segunda, ocupándose ademas de la hemitriteos ó semiterciana. El concepto pues de Hipócrates sobre la patogenia ó causa próxima de las enfermedades, no puede ser mas verdadero, pues en efecto vemos que la causa morbífica, siempre obra ó impresionando el sistema nervioso, ó alterando la circulacion por los cambios en la inervacion vasomo-

tora ó bien que la composicion de la sangre; resul-
tando quedar la misma idea representada pero
variando los términos. Demuestra igualmente la
experiencia que la causa morbífica, no obra siempre
sobre una cualidad, de lo que resultaría la reduccion
de las enfermedades á una sola, sinó que por el contra-
rio obran unas veces sobre la inervacion produciendo
las neurosis, otras sobre el sistema vascular, mani-
festándose las fluxiones y otras alterando la sangre
para dar lugar á las discrasias. Que obran princi-
palmente sobre las cualidades y no sobre los ele-
mentos, lo vemos cuando en un tejido cualquiera se
observa, induracion, reblandecimiento, hipertrofia,
podemos asegurar que la dolencia no ha princi-
piado por estas lesiones de textura, sinó que antes
ha existido un trabajo patológico, mas ó menos
largo, en que la inervacion y vascularidad de la
parte afecta, ha estado desviada de su tipo normal.

La funcion fisiológica y patológica á que Hipócrates dió
el nombre de coccion, por la semejanza que creyó encon-
trar con el acto físico á que se le dá igual nombre, lo te-
nemos cuando hablando del romadizo en su principio,
decimos que se halla en estado de crudeza al estár caracte-
rizado por la presentacion de un líquido claro, cristali-
no que irrita las partes por donde pasa y que termina
por hacerse opaco, mas espeso, blanco ó amarillento
perdiendo su cualidad irritante. La experiencia nos
demuestra diariamente la existencia de las crisis
manifestadas por sudores, diarreas &a, así como
los dias críticos, puesto que si es necesario admitir un
órden de sucesion en las enfermedades, nada repug-
nante es á la razon, que la cesacion de ellas se ve-
rifique en ciertos dias. Para probar ahora la
intervencion de la fuerza vital, en la enfermedad,
basta saber, que es un hecho, el que estas, en su desen-
volvimiento, se acomodan á un cierto tipo fijo, y la

razon entonces al ver la regularidad y armonía con que se producen, busca la causa que las ordena y la encuentra en dicha fuerza que así como en el estado fisiológico, nos demuestra su eficacia conservadora, de la misma manera en el morboso nos hace ver su tendencia curativa.

Así vemos en la patología externa, el trabajo reparador en las heridas á beneficio de lo que se ha llamado linfa plástica; el establecimiento del callo en las fracturas, el aislamiento de los cuerpos extraños por medio de los quistes, ó su eliminacion por una secrecion patológica que favorece su salida.

Si entramos en la patología interna, vemos en las fiebres exantemáticas el esfuerzo eliminador hacia el tegumento externo ó interno; vemos los forúnculos y hasta abscesos, que se presentan en la terminacion de las fiebres graves que parece como que vienen á depurar la sangre; todo lo cual

demuestra una potencia eminentemente curativa.

El principio terapéutico de Hipócrates se halla claramente consignado en el aforismo 22 de la seccion 2a, cuando dice, "las enfermedades que proce-
"den de plenitud, se curan con la evacuacion, las
"que proceden de vacuidad se curan con la reple-
"cion y en general los contrarios, se curan con los contrarios. Pero como conoció perfectamente que no siempre la afeccion morbosa, está de tal manera constituida que el arte disponga de medios capaces de contrariarla, dejó indicadas la medicacion evacuante y la revulsiva en los siguientes aforismos. Conviene purgar y remover los humores, dice,
"despues de cocidos, pero no en estado de crudeza ni
"á los principios, á no ser que haya turgencia, lo que
"raro vez sucede. En el 46 de la seccion 2a dice, cuando
"se presentan simultaneamente dos dolores en di-

versas partes del cuerpo, el mas fuerte, acalla al mas débil. Este principio que enlaza la ciencia con el arte, demuestra que aun reconocida la fuerza vital, formadora, conservadora y curativa ó mediatriz, el médico tiene que intervenir en la curacion de la enfermedad, puesto que no siempre dicha fuerza tiene bastante poder para remover los obstáculos que á su paso se oponen, impidiéndole llegar á la realizacion de sus fines, dependiendo unas veces de la persistencia de la causa morbífica, otras, de la intensidad del padecimiento ó ya que de la endeblez de la economia.

El médico impuesto en lo que el llamó pronosis, es al que toca averiguar cuando debe limitarse á observar la naturaleza y cuando debe ayudarla y prestarle un auxilio mas ó menos directo y eficaz, puesto que el principio que nos ocupa, al poner en práctica los medios de que dispone, es

solo con el objeto de rebajar el elemento morboso, para que la fuerza mediatriz pudiéndolo dominar, lo haga desaparecer antes que llegue á un término peligroso ó funesto. Para estos casos fué para los que Hipócrates dejó consignado el principio de la hipenantiou, contrariedad ó antipatia, que por la forma en que está redactado, bien podemos calificar de alopático.

Vista la manera como el ilustre Asclepiades, reuniendo los trabajos dispersos que entonces acopió materiales que le sirvieran, bajo la direccion de un buen método, en la construccion de la obra que se propuso fundar, y examinados uno á uno los principios fundamentales que constituyen su sistema, resta me solo, ilustrísimo Sōr, para terminar mi trabajo, hacer un breve resumen de la doctrina que en el se encierra, y que podemos reducir á las siguientes

conclusiones.

1ª Que Hipócrates se ha hecho por todos conceptos digno de que la posteridad le tenga por verdadero fundador de la ciencia médica, puesto que consiguió separarla de los extraviados senderos por donde la hacian caminar filósofos, empíricos y místicos y la colocó sobre base tan sólida como es la exacta observacion secundada por un recto raciocinio.

2ª Que sus principios, instituidos por una recta induccion y guardando entre sí la mas estrecha armonía, ofrecen caracteres fijos y claros que los hacen aceptables, variando solo la esplicacion, que al desenvolverlos se dá á los fenómenos secundarios, que es distinta segun el espíritu de los tiempos.

3ª Que el sistema que hemos bosquejado, con bien modestas formas ciertamente, será el encargado de presidir los progresos de la ciencia, siempre que partan del conocimiento de la vida y estén conformes con la esperiencia razonada que es el criterio que ha de medir las invenciones.

He dicho.

Madrid 7bre 17 de 1881

Casto Glez Tapia

BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE MEDICINA